

Dejará el hombre a SU PADRE Y A SU MADRE

Por Wilbur Madera

Génesis 2:24, “Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”, ha sido el versículo bíblico que más he comentado con parejas de todas las edades. El énfasis había estado siempre en el hecho de que el nuevo matrimonio debía asumir la responsabilidad de su relación, siendo una nueva unidad independiente del hogar de sus padres. Las acciones y decisiones son responsabilidad del nuevo matrimonio que es descrito en la Escritura, como una sola carne.

Como hijo, esposo y pastor, me había tocado aplicar y aconsejar la primera parte de la frase, “DEJARÁ EL HOMBRE a su padre y a su madre”. Pero, recientemente, mi hijo mayor contrajo nupcias y de pronto, he comenzado a considerar la segunda parte de la frase, “a su PADRE Y A SU MADRE”. No sólo los nuevos cónyuges deben hacer ajustes importantes en sus relaciones, sino también, los padres, que somos los que quedamos cuando los hijos se van, debemos hacer ajustes importantes para aplicar fielmente este texto.

En nuestra cultura, la salida de los hijos al casarse suele ser bastante abrupta. En otras culturas, los hijos se van de casa desde muy temprana edad. En tanto que nosotros solemos tenerlos cerca hasta que se casan. Este es el contexto en el que muchos padres no logramos hacer esta transición de una manera sabia, y la restructuración de las relaciones con nuestros hijos y sus cónyuges, suele complicarse.

El principio bíblico de que los casados “Dejan a sus padres y se unen al cónyuge como una sola carne”, no sólo debe ser aplicado por el nuevo matrimonio, sino también por nosotros, los padres. Por eso, reflexionando en este asunto, que me toca de manera muy personal, quiero compartir algunas pautas que quizá nos puedan ayudar a establecer ajustes sabios en la relación con nuestros hijos cuando salen para ser una sola carne con sus cónyuges.

1. Espera, no invadas.

Debemos recordar que el nuevo matrimonio es una relación en construcción. Necesitan su espacio, tiempo y privacidad. La intromisión de los padres es perjudicial para el crecimiento sano de esa nueva relación. Ten paciencia. No invadas donde ni siquiera te han llamado. Soporta la tentación de meterte en asuntos que la nueva pareja debe resolver entre dos. Como padres podemos estar dispuestos y disponibles, pero debemos esperar, pacientemente, a que nos inviten a participar.

2. Sugiere, no decides.

Como padres estamos acostumbrados a tomar decisiones sobre la vida de nuestros hijos. Ten cuidado con la inercia de esta costumbre una vez que tus hijos se han casado. Ya no nos corresponde tomar decisiones por ellos. Si bien podemos sugerir, pero nunca decidir sobre algo que, como adultos, les corresponde. Ellos tienen el deber cristiano de

honrarte, pero ya no el de obedecerte como lo hacían cuando estaban bajo tu autoridad en casa.

3. Respeta decisiones, no te enojas.

Cuando tus hijos tomen decisiones contrarias a lo que sugeriste o les indicaste, no te enojas. Son adultos y serán responsables de las consecuencias de sus decisiones. Si les va mal por no haber escuchado el consejo, será parte de su aprendizaje. Ora mucho por ellos para que crezcan en sabiduría y no sean sabios en su propia opinión. Aunque, a decir verdad, quizá te sorprendas al descubrir que la forma en la que haces las cosas, no es la única y ni siquiera, la mejor. También podemos aprender de nuestros hijos.

4. Apoya, no resuelvas.

Una tentación muy grande para los padres primerizos de un nuevo matrimonio es querer evitarles carencias y limitaciones. Al cabo de los años hemos adquirido ciertos recursos y también experiencia que queremos, simplemente, volcar sobre nuestros hijos recién casados. Esto resulta en el deseo de querer resolverles cuanta dificultad práctica o económica les vaya apareciendo. En algunos casos no permitimos a la nueva pareja crecer porque alguien más les resuelve la situación problemática casi sin esfuerzo personal. Por supuesto, apoya a la nueva pareja en su necesidad, pero por el bien de ellos, no les resuelvas la vida. Parte del crecimiento hacia la madurez matrimonial es tener que esforzarse, hacer sacrificios y tomar decisiones que requieran todo el compromiso de los cónyuges.

5. Ayuda, pero no controles.

¡Qué hermoso es tener una relación armoniosa con los hijos y sus cónyuges! Es un gozo compartir con ellos las muchas bendiciones que hemos recibido. Para mantener esas relaciones armoniosas es importante estar dispuestos a ayudarlos, cuando sea sabio, pero no como un medio para mantener el control sobre ellos ni manipularlos de alguna forma. Lo que vayas a hacer por ellos, debe provenir de un corazón generoso que no espera algo a cambio o persigue un interés egocéntrico.

No cabe duda que los padres también crecemos cuando los hijos nos dejan para formar sus familias. La vida es un aprendizaje continuo y constante. Crece en sabiduría a medida que disfrutas de relaciones armoniosas con tus hijos y sus cónyuges, cuando el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer para ser una sola carne.